

Si, mis caros oyentes, constituidos de nuevo verdaderos hijos de Dios por la redencion, lo hemos sido tambien de la Virgen Madre con el título de adoptivos: en consecuencia somos propiamente hermanos de Jesucristo. Dejádme por algunos instantes desenvolver este misterio profundo y tierno al mismo tiempo. Así conoceréis mejor vuestra grandeza y los deberes que os ligan con tan bondadosa y tierna Madre. Por un efecto maravilloso de la encarnacion del Divino Verbo, el que era en la eternidad el Unigénito del Padre ha venido á ser en el tiempo, primogénito entre sus hermanos. *Unigenitus in sinu Patris, primogenitus in multis fratribus.* Estos felices hermanos de un Dios encarnado, somos nosotros. El mismo nos lo reveló, él mismo nos ha dado este título glorioso cuando al aparecerse resucitado dijo á la Magdalena: *Vade ad fratres meos.* Mas siendo Jesucristo verdadero hijo de María por la humanidad, como lo es del Altísimo por su esencia divina, no seremos sus hermanos si no estamos asociados á El por la doble filiacion, divina y humana; si no tenemos en calidad de cristianos un mismo Padre y una misma Madre. ¡Qué verdad tan fecunda! ¡Cuán consoladora! ¡Cuán saludable! Con razon nuestro Señor Jesucristo quiso asegurarnos sobre este punto cuando al ascender á los cielos nos dijo en las personas de sus apóstoles: “Subo á mi Padre, y á vuestro Padre:” *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum.*

¿Y cuándo nos declaró hijos de María? ¡Ah cristianos; en su testamento al exhalar en la cruz su último suspiro: *ecce Mater tua,* nos dijo en la persona del discípulo amado. Y desde aquel momento solemne, en virtud de esa palabra omnipotente y amorosa fuimos constituidos por un milagro extraordinario de la gracia, todos los hijos de Adán, verdaderos hijos de María. Y desde ese instante supremo, María es con propiedad nuestra Madre. Y por fortuna tuya ¡miserable posteridad de un padre delincuente! el divino Hijo, y cuantos han sido redimidos con su sangre, forman un solo objeto para el amor de María,

y son inseparables en su corazon maternal: *Ecce Mater tua.* ¡Qué legado tan rico! ¡Qué herencia tan preciosa! ¡Qué fuente de consuelos y de magníficas esperanzas! ¡Qué dicha para todos los mortales! María es nuestra Madre; nos adopta por sus hijos, y no satisfecha con esto, nos reproduce realmente en el Calvario de una manera inefable dándonos por las entrañas de su amor la vida, con la sangre de su Hijo, y la salud con la muerte de su primer nacido, inmolado por nosotros en la cruz que ha salvado el mundo.

¡Qué motivo tan eficaz, hermanos é hijos muy amados, para tributar á María los sentimientos del amor más tierno y más apasionado! Pero si María ha adoptado á todos los descendientes de Adán por sus hijos y si todos poseemos en comun y cada uno de nosotros en toda su integridad ese tesoro tan rico, es consiguiente que todos debemos ofrecer en este día, y por sólo este motivo á tan excelsa, bondadosa y caritativa Madre, los sentimientos de la sumision más profunda, de la gratitud más tierna, y del amor más acendrado. ¿Y nosotros los mexicanos no tenemos un motivo especial para tributar á María toda clase de homenajes? ¡Ah! Ella, despues de haber cooperado con los dolores de su amor, en el Gólgota, á la Redencion del género humano ha hecho, como lo habeis visto en el primer punto, una cosa semejante en esta nuestra patria desgraciada, sí, bajo mil aspectos, pero muy afortunada por la especial proteccion que nos ha dispensado la Reina de los Angeles, extendiendo por sí misma los frutos de la redencion en nuestro vasto territorio, de un modo tan maravilloso, que ha inmortalizado su antiguo y nuevo título de Guadalupe, dándonos constantes é irrefragables pruebas de amor.

Y bien, oyentes míos, ¿de qué modo correspondemos á tantos beneficios? ¿Somos dignos hijos de María y hermanos de Jesucristo; hijos de Dios y herederos de su reino? María, esta segunda Eva, solo reconoce por sus hijos á los que gozan de la vida espiritual y están destinados para la

inmortalidad gloriosa; porque solo es Madre de los que viven eternamente: *Mater cunctorum viventium*; ¿Qué responden vuestros lábios, ó más bien, vuestros corazones? ¡Felices, mil veces felices los que saben amar de veras á esta Madre de misericordia! ¡Qué belleza descubren en la contemplacion de sus virtudes! ¡Qué frutos recogen de su intercesion! ¡Qué gracias reciben todos las dias! Y sobre todo ¡qué esperanza tan firme de salvarse con su poderosa proteccion! Pero nosotros, pecadores, la desconocemos por nuestra conducta, la ultrajamos con nuestras obras, le negamos el título de Madre, no tanto con las palabras cuanto con los hechos. Le rehusamos la sumision, la gratitud, el amor que le son debidos como Madre de Dios, bienhechora del género humano, Madre de todos nosotros y especialmente de los mexicanos en su advocacion de Guadalupe. A los sentimientos de compasion, de bondad y de ternura que abriga en su corazon, correspondemos con desprecio, indiferencia é insensibilidad: ni siquiera nuestro propio interés nos mueve y determina á ocurrir á esta piadosísima Madre, sin cuyo auxilio perecerémos infaliblemente, como lo asegura San Anselmo: *Necesse est ut pereatis*.

---

## EPILOGO Y PERORACION.

---

¡Qué infelicidad la nuestra, hermanos é hijos míos! Todo nos llama á la virtud, todo nos convida á la santidad, todo nos recuerda que María es la depositaria y dispensadora de todas las gracias, y que Dios ha reconcentrado en su seno el precio de nuestra salud, y en su corazon la ple-

nitud de todo bien para que sin Ella no tenga el hombre, como dice San Bernardo, ni esperanza, ni gracia, ni salud. ¡Qué infelicidad la nuestra! vuelvo á exclamar. La Iglesia multiplica en vano las festividades de María; crece á cada paso el número de sus advocaciones; sus devotos se empeñan cada dia en tributarle con los sentimientos piadosos de un corazon sencillo, los homenajes y adoraciones de un culto público lleno de pompa y majestad. Pero nosotros, ¡oh dolor! vergüenza causa el decirlo, nada queremos hacer en su obsequio, y las más veces quedamos satisfechos con algunas exterioridades que nos seducen y nos pierden. Es cierto que la honramos de tiempo en tiempo con los lábios; pero el corazon ¡ah! el corazon está muy léjos de María. Por esto no nos reconoce por hijos suyos, aparta sus ojos de nosotros, nos aleja de su presencia y nos aplica aquellas terribles palabras que Dios, en el furor de su ira, dirigió por el ministerio de uno de sus profetas al antiguo pueblo: “Este pueblo me honra con los labios; pero su corazon, su pérfido corazon está muy léjos de mí.”

Si, cristianos, con todos hablo y á todos me dirijo: nos quejamos de las desgracias de nuestro siglo, sin recordar que hemos degenerado de la piedad de nuestros padres; creemos que el cielo es de bronce para nosotros y que nuestras súplicas no penetran hasta el trono del Altísimo. Es así en la realidad, ¡oh cruel desengaño! Mas no porque Dios se niegue á escuchar nuestras oraciones, sino porque carecen de la virtud y del espíritu que las había de levantar hasta sus oídos: tememos que María no sea ya nuestra protectora, nuestra medianera, nuestra Madre, pero olvidamos, ¡síntoma fatal! que ya no se halla entre nosotros aquella devocion tierna y activa que animaba á nuestros abuelos. La fé, simple en unos y tal vez supersticiosa en otros, ha sido reemplazada, ¡desgracia lamentable! por una incredulidad que nos pierde. ¡Aquellos todo lo creían en el calor de la disputa y en fervor de la piedad! vosotros, nada queremos creer en medio de la ceguedad del orgullo,

del delirio de las pasiones y de la frialdad de la razón. ¿Quién hubiera creído, quién hubiera pensado jamás ¡oh Dios mio! que una falsa filosofía había de causar mayores males á tu Iglesia que la herejía y el cisma; y que un siglo razonador era más temible que un siglo fanático?

Y qué, ¿ya no hay remedio para nosotros? ¿El precipicio es inevitable? ¿Nuestra ruina está ya decretada? ¿El fatal torrente nos arrastra indeclinablemente á un abismo? No, hijos muy amados, no, ilustre Protectora de los mexicanos, nó, Virgen de Guadalupe, Madre de Dios y Madre nuestra: si hay entre nosotros algunos impíos que os desconocen, algunos blasfemos que os ultrajan, algunos malos cristianos que os deshonoran, algunos apóstatas que pretenden derribar vuestros altares; también hay almas fieles que os invocan, celosas que promueven vuestros cultos, fervientes que elevan hácia Vos sus manos puras y sus palabras de inocencia. Vuestra heredad no está enteramente desolada, ni vuestro templo sin adoradores. Escuchad, pues, con benignidad sus votos, convertid á los culpados en favor de los elejidos, y tomad venganza de los que os maldicen, con dispensarles nuevos beneficios. Vos sois testigo ¡oh Virgen Santa! de todas las desgracias que nos afligen, de todos los males que nos amenazan, de la tempestad que há mucho tiempo está sobre nuestras cabezas; sálvanos, sálvanos que perecemos. La relajacion de las costumbres, los progresos de la impiedad, el cisma que por todas partes levanta su cabeza, todo, todo despedaza nuestro corazón y parece anunciar la ruina universal. Pero Vos, ¡oh Reina Soberana de los angeles y de los hombres, tenéis poder y fuerza para conjurar la tempestad y salvarnos del naufragio! Esto nos consuela, nos tranquiliza y nos infunde una ciega confianza. A pesar del libertinaje y de la incredulidad que atraen sobre el mundo la cólera del cielo, esperamos de Vos ¡oh Virgen y Madre! que repetireis al Eterno celestial la súplica que Vuestro mismo Hijo le hizo en nuestro favor desde el Calvario: ¡Padre Eterno, perdonad!

No merecemos esta gracia, somos unos hijos rebeldes, ingratos y desnaturalizados; pero Vos no habeis dejado de ser nuestra Madre: *Monstra te esse Matrem*. Nuestros extravíos, nuestras infidelidades, nuestras inconstancias nos han hecho indignos del título de hijos vuestros; pero Vos no habeis dejado de ser nuestra Madre: *Monstra te esse Matrem*. Manifestadlo así en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad, y rogad á vuestro santísimo Hijo por nosotros, para que libres aquí en este destierro, en este valle de lágrimas, de las persecuciones de nuestros enemigos, podamos cantar allá en el cielo eternas alabanzas, dando la gloria al Padre, la gloria al Hijo y la gloria al Espíritu Santo.—ASI SEA.